

Whitworth, los peligros de la guerra con Inglaterra y las fuerzas navales de los dos países. «Sin duda era empresa muy arriesgada, se decía la de intentar un desembarco en las costas británicas; sin embargo, estaba resuelto á acometerla, si se le obligaba. En cambio, si Inglaterra quería entenderse con él, ¡qué fortuna tan grande para ella! La asociaría al gobierno del mundo, haciéndola partícipe de su influencia, de las indemnizaciones, de las ventajas conseguidas en los tratados de comercio, de cuanto, en fin, pudiese tentar su ambición.» Lord Whitworth apenas había tenido tiempo de deslizar alguna que otra palabra en medio del elocuente soliloquio; mas, al llegar al punto de las ventajas ofrecidas á su patria, observó que S. M. británica más bien tendía á conservar que á adquirir; refutó, en seguida, varios de los cargos formulados por Bonaparte, y cuando iba á hablar de las recientes anexiones é intrusiones de Francia, el primer Cónsul le interrumpió exclamando: «Os referís seguramente al Piamonte y Suiza: ¡bahl esas son bagatelas. Debísteis haber previsto todo eso durante las negociaciones, ahora no tenéis razón para quejaros.» Estas frases, reproducidas en francés en el despacho que inmediatamente dirigió lord Whitworth á su gobierno, tuvieron en Inglaterra extraordinaria resonancia, sobre todo, la de «esas son bagatelas» se repitió diferentes veces en el Parlamento causando siempre la mayor emoción, la lanzaron á los vientos de la publicidad los mil ecos de la prensa y voló de un confín á otro de la monarquía.

Dos días después, otra sorpresa más grave aún vino á sumir en el estupor á lord Whitworth. En la *Memoria* anual acerca de la situación de la República, dedicada al Cuerpo legislativo y publicada por el *Monitor*, se leía, entre otras cosas: «En Inglaterra se disputan dos partidos el poder: el uno ha firmado la paz y parece decidido á mantenerla, el otro ha jurado á Francia odio implacable. De aquí esa fluctuación de las opiniones en los Consejos, esa actitud al par pacífica y amenazadora. En tanto dure esa lucha de los partidos, la prudencia exige al gobierno de la República la adopción de ciertas precauciones. Quinientos mil hombres deben estar y estarán prontos á detenerla y á vengarla. ¡Extraña necesidad, que miserables pasiones imponen á dos pueblos solicitados por igual interés y la misma voluntad á desear la paz! Cualquiera que sea en Londres el éxito de la intriga, no arrastrará á otras naciones á nuevas ligas; y el gobierno de la República lo dice con legítimo orgullo: Inglaterra sola no puede luchar hoy contra Francia.» En la Gran Bretaña, sonaron estos insultos y provocaciones como toque de clarín que la llamaba al combate. No ya el gobierno, la nación entera se sentía herida en mitad del rostro. Se la amenazaba insolentemente; se pretendía llenarla de pavora con los quinientos mil hombres que Francia se apercibía á poner sobre las armas. Desde aquel momento, la guerra se hizo inevitable, y el rey Jorge contestó al reto enviando un mensaje á la Cámara de los Comunes, donde le decía que, «en vista de los aprestos militares que se hacían en los puertos de Francia y de Holanda, y dado que mediaban entre S. M. y el gobierno francés

discusiones de gran importancia y cuyo resultado era incierto, había que pensar en nuevas y previsoras medidas, y que contaba para poder tomarlas con el concurso de sus fieles Comunes.» Al día siguiente de conocerse este mensaje de París, que fué el trece de Marzo de mil ochocientos tres, hubo en las Tullerías gran recepción, á que asistió todo el cuerpo diplomático, y Bonaparte se permitió dirigirse á lord Whitworth dando señales de la más violenta agitación. «¿Estáis, pues, dispuestos á declararnos la guerra?», le interrogó.—«No, respondió el embajador, somos demasiado sensibles á los beneficios de la paz.»—«Hemos luchado ya diez años, repuso el primer Cónsul, y queréis que luchemos quince más. ¡Me obligáis á ello!». Después, dirigiéndose á Markoff y á Azara, prosiguió: «Los ingleses desean la guerra, pero si ellos son los primeros en desnudar la espada, yo seré el último que la vuelva á la vaina. No respetan los tratados, que hay que cubrir con un crespón negro.» Encarándose luego otra vez con Whitworth, agregó: «¿Para qué armamentos? ¿Contra quién medidas de precaución? No tengo un solo navío de línea en mis puertos. ¿Ansiáis batirnos? Nos batiremos. Podéis matar á Francia, mas nunca intimidarla.»—«No queremos ni una cosa ni otra, replicó impasible lord Whitworth; nuestro deseo sería vivir con ella en buena amistad.» Siguió la correspondencia diplomática entre las dos naciones, aunque ya nadie confiase en la conservación de la paz. Bonaparte, queriendo anticiparse á los acontecimientos, que iban á marchar aún más deprisa de lo que él se figuraba, trató de interesar en favor suyo á Rusia y Prusia; decretó la formación de una flotilla, compuesta de quinientos esquifes y chalupas cañoneras, y ofreció y poco después vendió á los Estados-Unidos la Luisiana, en ochenta millones de francos. Inglaterra, por su parte, deseosa de obtener respuesta categórica á sus demandas y cansada de las artes puestas en juego por el primer Cónsul para mortificarla y humillarla, resumió en los puntos siguientes sus pretensiones: «Cesión de la isla de Lampedusa, encargándose ella de recabar el consentimiento del rey de las Dos-Sicilias; ocupación de Malta durante diez años, á título de garantía; evacuación de la República bávara; evacuación de Suiza, y pago de una indemnización al rey de Cerdeña. Sólo accediéndose á todo esto, se comprometía á reconocer el reino de Etruria y la República Italiana. Este ultimátum se firmó el veintiseis de Abril; lord Whitworth recibió orden de su gobierno de salir de Francia, si en el término de ocho días no se aceptaban sin exclusión ninguna las condiciones propuestas. El tono de firmeza de la nueva nota sorprendió á Bonaparte, y como aún deseaba ganar tiempo protestó de sus intenciones pacíficas y hasta se prestó á hacer algunas concesiones. Por única contestación, el embajador inglés pidió sus pasaportes. Talleyrand, entonces, le propuso un arreglo en lo tocante á Malta, que calificaba de miserable roca, siendo así que Bonaparte, en la conferencia que tuvo con lord Whitworth el trece de Febrero, había dicho que mejor quería ver á los ingleses en el barrio de San Antonio, en París, que no en aquella isla. Fué inútil: lord Whitworth reprodujo su *ultimátum*, volvió á reclamar los

pasaportes y el doce de Mayo abandonó á París, alejándose á pequeñas jornadas por si el gobierno francés, pensándolo mejor, le enviaba algún aviso, cosa que no ocurrió. Inmediatamente comenzaron las hostilidades. El primer Cónsul acusó á Inglaterra de haberlas roto al saber que había apresado dos cargamentos franceses, uno de madera y otro de sal, y por vía de represalias, mandó que se detuviera á todos los ingleses mayores de diez y seis años y menores de sesenta que viajaran por Francia, lo que constituía una flagrante violación del derecho de gentes; esto sin contar con que, antes de que la Gran Bretaña dictase la orden en cuya virtud se realizó el hecho de que la culpaba, ya él había decretado un embargo general en todos los puertos dependientes del rey de Toscana, disposición que aplicó también en Holanda y en la República de Génova.

Declarada la guerra, el primer Cónsul se previno para hacerla terrible y decisiva. Aborrecía de muerte al pueblo rival, á aquella «nación de mercaderes», como la llamaba, única que se había atrevido á oponerse á sus proyectos y á desdeñar sus amenazas. Francia no participaba de la irritación de Bonaparte; apenas se había enterado de las polémicas de los periódicos, y no se daba cuenta exacta de los motivos que provocaran la ruptura. Sin embargo, como en la tribuna no se oía una sola voz independiente, y la prensa estaba aherrojada, en breves días, merced á la centralización que había establecido, consiguió Bonaparte crear un estado de agitación ficticia, que, revistiendo los caracteres exteriores de un gran movimiento nacional, llegó á producir los mismos efectos que si en realidad lo fuese. Partió la iniciativa de París, donde el Tribunado en masa y comisiones del Senado y Cuerpo legislativo se presentaron al primer Cónsul, felicitándole por su patriótica conducta: en las arengas estereotipadas que le dirigieron, sólo es digno de llamar la atención el título de *majestad consular*, que se encuentra en el discurso pronunciado por el general Harville en representación del Senado. Respondieron las provincias á la impulsión que recibían de la capital, y, puesto en movimiento el inmenso ejército de funcionarios civiles y militares, diariamente publicaba el *Monitor* una larga lista de cartas y adhesiones, llenas de injurias contra Inglaterra y de alabanzas al héroe, suscitado por la Providencia para castigar á la «nueva Cartago.» Detrás de los laicos vinieron los obispos, dando casi carácter de cruzada á la guerra que iba hacerse á los heréticos ingleses. Es de notar que la mayor parte de estos prelados pagaban de tan extraño modo la deuda de gratitud contraída con las islas británicas, á donde se habían refugiado en la época del Terror, encontrando allí generosa acogida y franca hospitalidad. Comenzaron después los alistamientos de voluntarios, y, por último, tocó el turno á los donativos, ofrecidos más ó menos espontáneamente por los departamentos, los municipios, los particulares, consistentes en sumas en metálico, en cañones, en barcos de todas clases y tamaños, y en frutas, géneros y pertrechos propios para la marina. En resumen, la nación entera parecía estar ansiosa de pelear y unánimemente dispuesta á arrojarse con todas

sus fuerzas y todos sus recursos sobre «la pérfida Albión»; y para comunicar nuevo impulso al entusiasmo, al mismo tiempo que inspeccionaba el litoral, emprendió Bonaparte un viaje á las provincias que por su situación geográfica debían soportar el principal peso de la lucha contra Inglaterra, recorriéndolas como brillante meteoro, en medio de incesantes aclamaciones.

No compartía él la embriaguez que alentaba en los demás, y entregábase febrilmente á la obra de atar bien los cabos de sus combinaciones diplomáticas y militares, esperando el triunfo de ellas solas. Sobre todo, vigilaba atentamente la marcha de los preparativos para la guerra. Francia se había transformado en un vasto taller marítimo; pues, no siendo posible aglomerar en los puertos del Oeste todas las construcciones navales que se necesitaban, se las había distribuido en las poblaciones del interior que comunicaban por ríos ó canales con afluentes del Océano. El primer Cónsul estaba resuelto á crear una flotilla bastante numerosa para conducir de una vez ciento cincuenta mil hombres á las costas de Inglaterra: en otras ocasiones había hablado de este proyecto, aunque sin pensar seriamente en él; pero ahora se hallaba firmemente decidido á intentar su ejecución, y por grandes que fuesen las dificultades del mismo, bastaba que un espíritu como el suyo se obstinara en llevarlo á la práctica para que revistiese proporciones formidables. Los marinos más experimentados no se forjaban ilusiones, conceptuando la empresa irrealizable, ó poco menos; pero Bonaparte, creyendo que sus observaciones estaban inspiradas en el espíritu de rutina, no les hizo ningún caso, y como ellos sabían que costaba caro resistirse á sus deseos, se pusieron á trabajar con ardor, á fin de disminuir las probabilidades del mal éxito. Se utilizaron los barcos que quedaban de la flotilla que Nelson intentara incendiar en mil ochocientos uno, y se construyeron muchos más de distintas dimensiones y según nuevos modelos. La mayor parte de la improvisada flotilla se componía de barcos chatos, armados casi todos de cañones y provistos de remos y velamen; cada uno podía transportar de cincuenta á cien hombres, con municiones y armas, y los de más fondo se destinaban á conducir los caballos y el material de artillería. El número total de las embarcaciones elevábase á más de dos mil. Bonaparte calculaba que con este armamento extraordinario, aprovechando un día de calma ó de bruma que engañase á las naves enemigas ó las redujese á la inmovilidad, podría salvar en pocas horas las diez leguas que separan á Boulogne de Inglaterra y desembarcar de golpe en las costas británicas sus ciento cincuenta mil hombres: á esto se reducía su plan en un principio; pero más adelante determinó, cediendo á los reiterados consejos de los marinos, ordenar á sus escuadras que se reunieran en el canal de la Mancha, para favorecer la travesía haciendo frente á los cruceros ingleses. Si los soldados franceses pisaban el territorio británico, el primer Cónsul daba por cierto que aniquilaría á Inglaterra, y en caso contrario, el proyecto por sí solo le ofrecía importantes ventajas, aun suponiendo que no llegara á vías de

ejecución. Con él, en efecto, iba á tener en constante alarma á Inglaterra y á obligarla á hacer gastos ruinosos; además de esto, las obras realizadas en los puertos de Boulogne, Vimereux y Ambleteuse mejorarían las condiciones de las mismas; de otra parte, en la necesidad de mantener en pie de guerra un ejército considerable, valía más que estuviese en Boulogne y en los campos que se extienden desde Amberes á Bayona, concentrado, curtido en las fatigas, listo para entrar en campaña, que no diseminado en las guarniciones; finalmente, la presencia de aquellas numerosas fuerzas, entusiastas de su persona, á tan corta distancia de París, había de influir en el espíritu del pueblo y facilitar el cambio definitivo que meditaba en las instituciones francesas. Tales consideraciones secundarias, distrayendo á Bonaparte, contribuían sin duda á ocultarle las dificultades casi invencibles del plan que se trazara. Incapaces los barcos chatos de resistir el menor golpe de viento, se necesitaba, para intentar el paso, que reinase una calma absoluta y que durara dos ó tres días, pues la experiencia demostró que la flotilla no podía aparejar en una sola marea; dado que tal circunstancia, poco verosímil, se presentase, quedaban las corrientes, muy fuertes en el canal de la Mancha, que hubieran hecho derivar á las embarcaciones, y como estas eran de distintas formas y tamaños, las habrían arrastrado en distintas direcciones y quizás dispersado completamente; si ahora se agrega la perturbación que hubiese producido el encuentro con el grueso ó parte siquiera de la armada enemiga, se comprenderá que la empresa rayaba en los límites de lo imposible. Pero, suponiendo que Bonaparte hubiera podido desembarcar sus ciento cincuenta mil soldados en las costas inglesas, todavía el éxito era problemático; porque no se trataba ya de vencer á pueblos medio salvajes, como en tiempos de César, ó faltos de unión, como en los de Guillermo, sino á una nación poderosa y admirablemente organizada. El gobierno inglés, sin embargo, estaba convencido de que no era guerra ordinaria, sino un duelo á muerte el que acababa de entablar con el primer Cónsul, de cuyo genio todo había que temerle, y en su consecuencia, se preparó para la lucha desplegando recursos proporcionados á la grandeza del peligro.

Antes del rompimiento, tenía Inglaterra un ejército regular de ciento treinta mil hombres, y milicias que sumaban setenta mil; pues bien, verificado aquél, se aumentaron estas fuerzas con una reserva de cincuenta mil hombres, sacados á la suerte, y cuando se vió que se formalizaba el proyecto de desembarco, el ministerio presentó, á instancias de la oposición misma, un proyecto de ley concediendo el derecho de alistarse á todos los hombres útiles desde diez y siete hasta cincuenta y cinco años, con lo que, á fines del estío de mil ochocientos tres, había en la Gran Bretaña trescientos mil voluntarios, que se ejercitaban de continuo en el manejo de las armas, número que al poco tiempo debía crecer considerablemente. Los preparativos en el mar no fueron inferiores á los de tierra. Una leva dió cuarenta mil marineros, sobre los ochenta mil que ya pres-

taban servicio en las armadas; y setenta y cinco navíos de línea, que pronto iban á exceder de ciento; más de cien fragatas, muchos centenares de bricks y de corbetas, ochocientas chalupas cañoneras, empleadas especialmente en la defensa de las costas, un número incalculable de avisos, en fin, que mantenían las comunicaciones á modo de red telegráfica, protegerían á las islas británicas, como una fortaleza viviente, y bloquearían los puertos y perseguirían las escuadras fugitivas del enemigo. En Inglaterra no necesitó el entusiasmo nacional de artificios y estímulos oficiales para manifestarse con gran vigor; el pueblo británico, educado en los hábitos de la libertad, había seguido paso á paso todas las fases de la discusión diplomática mantenida con Francia, y tenía formado su juicio desde mucho antes que la guerra estallase; así es que, en vez de esperar la iniciativa del gobierno en materia de sacrificios, se anticipaba á ella constantemente, y si alguna censura dirigía á los ministros, era por creer que no hacían lo bastante en defensa del honor y de los intereses de la patria. Para atender á los gastos de la guerra, disponía la Gran Bretaña de un presupuesto ordinario enorme, que soportaba sin fatiga, y además, arbitró nuevos recursos levantando un empréstito de doce millones de libras esterlinas y recargando el impuesto de los líquidos y la contribución sobre la renta en una suma casi igual á la del empréstito.

Una de las primeras consecuencias de la guerra para Francia, fué la pérdida definitiva de Santo Domingo. Refiramos en breves palabras lo que en esta isla había ocurrido. Desembarcada en ella la expedición de que hablamos en el capítulo anterior, Santos Louverture y sus lugartenientes Dessalines, Laplume y Cristóbal se retiraron á la aproximación de los franceses, dejando tras de sí la tala y el incendio y llevándose á los blancos en rehenes. Para traer á ideas de paz á Santos Louverture, el general Leclerc se valió de un expediente, convenido de antemano con Bonaparte. Tenía en su poder dos hijos de Santos, que condujo de Francia, donde se educaban, y los envió á su padre, con una carta del primer Cónsul, en que éste prometía al noble negro el gobierno de parte de la isla. Louverture adoraba á sus hijos y vaciló; pero el sentimiento de la patria y el amor á la libertad triunfaron al fin de su cariño de padre y mostróse inflexible, continuando la guerra más cruel, más feroz que nunca. Los negros se defendieron desesperadamente; no obstante, después de dos meses de lucha, la mayor parte de los generales de Santos tuvieron que rendirse y él mismo se vió obligado á capitular, siéndole concedido el residir cerca de las Gonaivas, á donde se retiró provisionalmente, esperando la ocasión de volver á empuñar las armas. No tardó aquella en presentarse. Acababa de pacificar la isla el general Leclerc, cuando un azote más espantoso que la guerra cayó sobre su ejército: la fiebre amarilla, que, desarrollándose aquel año con furia pocas veces vista, hizo en sus tropas horribles estragos. Los soldados morían á millares, contándose entre las víctimas á los generales Ledoyen, Hardy y Debelle.